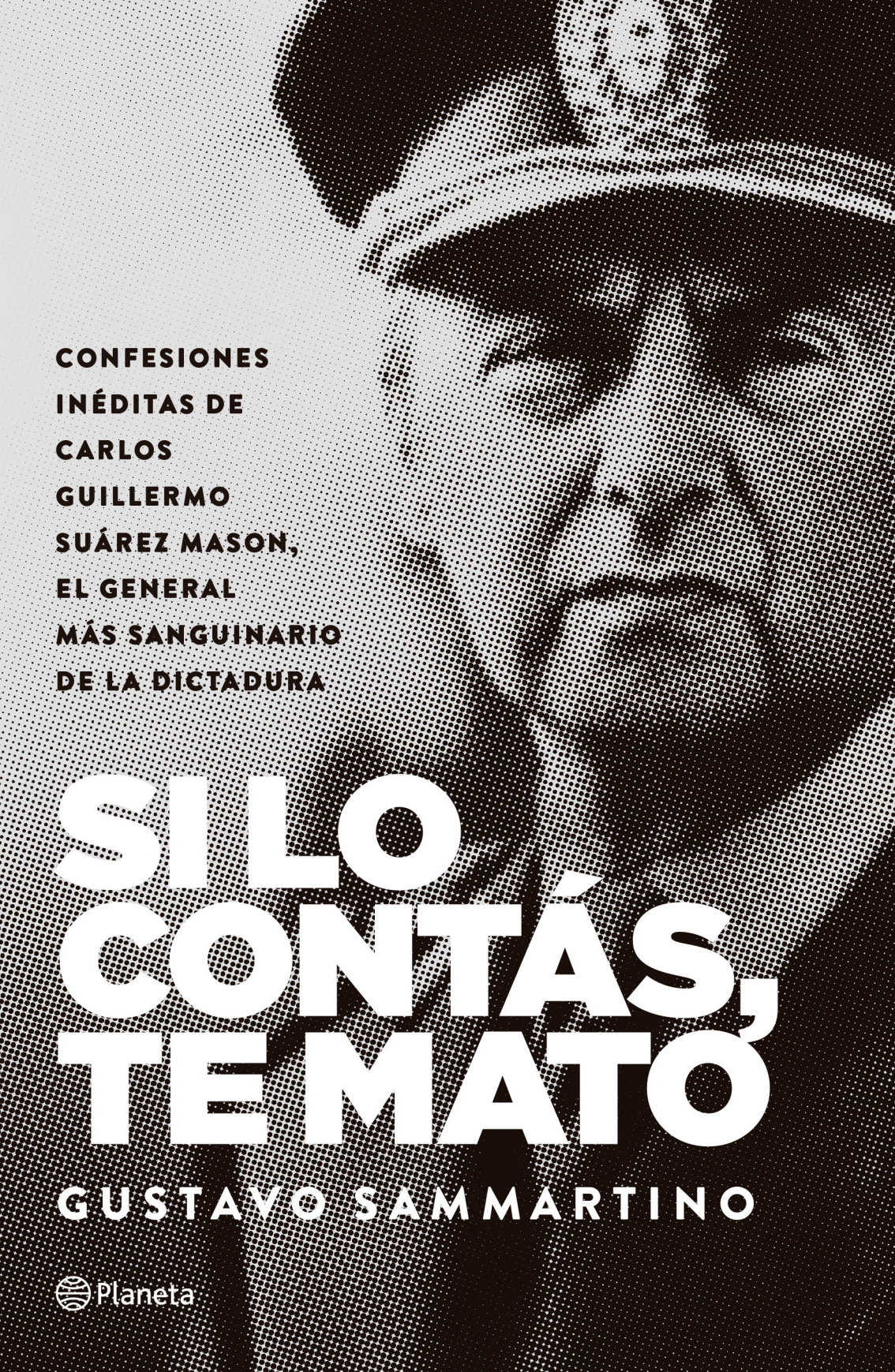




**CONFESIONES
INÉDITAS DE
CARLOS
GUILLERMO
SUÁREZ MASON,
EL GENERAL
MÁS SANGUINARIO
DE LA DICTADURA**

SILO CONTÁS, TEMATO

GUSTAVO SAMMARTINO

GUSTAVO SAMMARTINO

Si lo contás, te mato

Confesiones inéditas de
Carlos Guillermo Suárez Mason,
el general más sanguinario
de la dictadura

 Planeta

Índice

<i>Prólogo</i>	11
Llegó la hora, tenemos que hablar.	15
La historia antes de esta historia.	21
La caída del Eichmann argentino.	31
La noticia que nos vinculó	45
Nace una obsesión	55
Menem lo hizo	61
Cara a cara a la hora del té	69
Los zurdos ya están en el poder	103
Preso en la causa por el robo de bebés	113
Justicia globalizada.	119
El anticristo	133
Opiniones contundentes.	143
Callar, pensar y rezar	151
Sentir en vida el sabor de la muerte	157
Robo de bebés	165
Los desaparecidos existen solo para los que preguntan por ellos.	171
Donde esté el cadáver se juntarán los buitres	175
Otra vez cara a cara (cuatro años después)	179

Amigos militares, negocios y dinero	191
Solo, enfermo y jugando a los soldaditos	207
Libros prohibidos.	221
La bruja de Quilmes	235
Suárez Mason sic: el monólogo.	251
Abandonar la vida militar	295
Pizza con fainá	309
Si no mata al caníbal usted será su almuerzo.	317
El presidente que no fue	331
Manual de ética y represión	349
Un bebé para un cura amigo	359
Dios, el diablo y el día que me echó de su casa	367
Evita la prostituta, las lujurias de Perón y el enigma de sus manos cortadas	381
Cárcel y muerte	395
El misterio de la tumba y el fantasma del indulto	405
Epílogo: Cuando cumpla cien años	423
<i>Agradecimientos</i>	427

Llegó la hora, tenemos que hablar

*Buenos Aires, 14 de mayo de 2003.
769 días antes de su muerte*

Ya habían pasado las diez de la noche. Había silencio en la casa. Casi todos dormían. Afuera hacía frío y llovía. Estaba en el comedor, sentado junto a la mesa redonda donde siempre comíamos en familia. Tenía las piernas estiradas sobre una silla y tomaba unos mates dulces. La televisión seguía encendida, pero estaba silenciada. Las imágenes repetían una y otra vez los pormenores de una impactante decisión política. Carlos Menem se bajaba del *ballotage*. El nuevo presidente sería Néstor Kirchner. Nacía otro liderazgo. Pensaba en las implicancias de estos movimientos y en posibles entrevistados para los programas en los que trabajaba. El teléfono comenzó a sonar. No atendí. Después de varios timbres, se calló. Pero solo por unos segundos. Otra vez sonó. Y sonó.

Yo no quería atender. El sonido de la chicharra del teléfono se apaciguaba unos segundos y volvía a la carga. El que estaba del otro lado de la línea persistía, no se rendía.

Me quedé quieto en mi silla. El teléfono —un aparato rojo inalámbrico— seguía sonando, endemoniado. Miré al

gato que dormía en su silla preferida, controlé que las tres hornallas de la cocina siguieran prendidas para combatir la baja temperatura, intenté distraerme leyendo un *graph* de la televisión. Pero el teléfono no paraba. Era cada vez más abrumador. Pertinazmente llamaban, cortaban y volvían a llamar. Me levanté derrotado y enfurecido.

—¿Por qué no te dejás de joder? ¡Tengo identificador de llamadas y te voy a denunciar!

Estaba desencajado y gritaba. Me había irritado, me dolía mucho la cabeza.

—¿Sammartino, es usted?

Era una voz masculina grave que, en un principio, acaso por el fastidio, no identifiqué. Fue una pregunta que pareció hecha con timidez, con cierta vergüenza, como si hubiera tomado conciencia del martirio al que me había sometido con sus llamados seriales.

—Habla el general Suárez Mason.

Me quedé paralizado. Entendí de inmediato el motivo de tanta insistencia. Hacía varios meses que no hablábamos. Estoy convencido de que nunca se dio cuenta de que esa tormenta de llamadas constituía un atropello. Como todo-poderoso impune, hacía lo que quería, cuándo, dónde y de la manera que se le antojaba.

Me asusté y no sabía bien cómo reaccionar. Un reflejo: tomé el aparato y traté de salir de la cocina, el lugar donde más tiempo pasábamos juntos en familia. Buscaba un rincón en el que nadie me escucharía.

—¿Quién es? ¿Quién habla?

Ya lo había identificado pero quería ganar tiempo para ordenar mi cabeza y sosegar mi ánimo. Mientras tanto me reprochaba por mi ingenuidad. ¿Cómo le había dado el número de mi casa, en la que vivían mi mujer y mis hijos, al peor

represor de la dictadura? En mi afán por lograr su confianza puse en riesgo a lo que más quiero. Nunca sospeché que fuera a llamar y, mucho menos, con tanta insistencia, a esa hora.

Seguí caminando con el inalámbrico en la oreja hasta que llegué al baño. Trabé la puerta y me dejé caer hasta sentarme en el piso. Recién ahí comencé a serenarme.

—¿Sammartino, me escucha? Habla Suárez Mason.

Repitió pero ya sin timidez. Hablaba en tono más alto, con su característico estilo marcial. Me puse a pensar qué me había llevado a contactarlo. Quería que me confesara sus crímenes, que contara sus secretos durante los años de la dictadura. Oía su respiración pesada, algún carraspeo y jirones de insultos dichos entre dientes. Su ansiedad llegaba por el auricular. Por fin me atreví.

—Lo escucho, general. ¿Por qué llama a esta hora?

No respondió. Ahora el que no hablaba era él. Esperé callado. Fue difícil. Me consumía la ansiedad. Llevaba cuatro años intentando convencerlo y todavía no lo había logrado. Después de tanto tiempo de insistir, ya me sentía frustrado. El distante pero continuo vínculo telefónico que manteníamos, desde la primera vez que lo entrevisté personalmente en 1999, se me había convertido en algo insoportable. Muchas promesas e insinuaciones pero hasta ese momento no se animaba a hablar. Bajo la argucia de escribir la historia de su vida, yo pretendía conseguir sus confesiones.

Jadeaba del otro lado de la línea pero todavía no hablaba. Me cansé de ese silencio, de ese diálogo imposible. O quizá no resistí la tensión que planteó.

—¡Váyase a la mierda!

Lo insulté y corté.

Si quería hablar conmigo, ¿por qué se quedó en silencio cuando contesté?

Haber colgado me hizo sentir alivio. Pero enseguida me invadieron las dudas. No sabía si se había tratado de una advertencia, una velada amenaza, o si en realidad deseaba contarme algo importante.

Muy rápido cambió mi estado de ánimo. Colgarle a Suárez Mason ya no me parecía tan buena idea, más allá del proyecto que tenía en mis manos. El temor se empezó a apoderar de mí. Consideré la posibilidad de llamarlo y pedirle disculpas, pero la deseché de inmediato. Si él me quería decir algo importante, se volvería a comunicar.

El teléfono no volvió a sonar, sobre la medianoche me fui a acostar inquieto y muy molesto conmigo mismo. Ya en la cama no me podía dormir. Los pensamientos me atormentaban y valoraba los posibles escenarios.

Cuando estaba a punto de dormir, otra vez el teléfono. Y sonó y sonó. Corrí a atender tropezando con varias cosas en el camino. No quería que nadie se despertara.

—¡Hola! ¿Quién es?

—¿Usted me cortó el llamado, Sammartino?

Era él de nuevo. Otra vez el silencio.

—Me disculpo, sé que estoy llamando a su casa. No debí molestar con tanta insistencia pero es algo urgente. Es muy importante para mí y sé que también lo puede ser para usted.

El general sabía perfectamente lo que yo quería de él. Yo suponía lo que él necesitaba de mí. Ambos corríamos, a destiempo y por distintos caminos, hacia el mismo objetivo. Yo estaba convencido de que más temprano que tarde Suárez Mason comenzaría a revelar lo que nunca antes había admitido y quería ser el primero en escucharlo.

—Acá estoy, general, no tiene que darme ninguna explicación. ¿Cuál es la urgencia?

Le pregunté sin visos de sarcasmo y procurando que mi voz sonara serena, templada.

—Supongo que usted ya está enterado de lo que pasó esta tarde.

Otra vez el jadeo en el auricular. Imaginé que no lo hacía para dotar de misterio a la conversación sino porque buscaba las palabras para expresar lo que sentía ante el nuevo mapa político.

—¡El patilludo me cagó! Renunció, se fue. No sé qué voy a hacer. Es un cobarde, se cagó en las patas.

Estaba desencajado. Casi gritando expresaba furia y congoja.

—¡La puta que lo reparió!

Hablaba solo, como si nadie lo escuchara. Estaba frustrado.

—¡Este turco es un pelotudo! Hasta podría haber afanado los votos. Peronistas malditos, negros de mierda.

En algún momento pareció empezar a hablar de otra cosa o, al menos, construir un discurso coherente sobre el frustrado *ballotage* y las consecuencias de la asunción de Kirchner, pero se enredó con las palabras y fue ganado por la ira una vez más.

—¡Riojano cobarde! Me cago en Evita y la puta que la parió. Yo sabía que algún día me ibas a cagar. Jamás debí perdonarte la vida.

Después de otro largo rato sin palabras de ninguno de los dos lados, y con ganas de volver a la cama, intervine.

—General, no sé qué le pasa pero se tiene que calmar. Así no se puede conversar. ¿Para qué me llamó?

—Ahora vendrán por mí. ¡Llegó la hora, Sammartino! ¡Tenemos que hablar! Ya es demasiado tarde. Si le interesa, venga a verme mañana a mi casa a la hora del té. Ya sabe que

yo no puedo salir, pero usted sí puede venir. Quizás finalmente acepte su propuesta si usted accede a mis condiciones. Hasta mañana, lo espero a las cinco.

Cortó la comunicación sin aguardar mi respuesta. Suárez Mason sabía que yo iba a ir. Antes de cortar me despedí irónicamente, sabiendo que Suárez Mason ya no estaba detrás del teléfono. No pegué un ojo en toda la noche. Sospeché conspiraciones, fantaseé historias y temí consecuencias, pero en el fondo estaba satisfecho por estar a punto de lograr lo que tanto había buscado.

La historia antes de esta historia

En su discurso del 6 de julio de 1972, inmediatamente después de ser reelecto al frente de la conducción de la Confederación General del Trabajo para un nuevo período de gestión, el líder metalúrgico José Ignacio Rucci lanzaba esta arenga:

El movimiento obrero argentino sindicalmente organizado, y quizás lo único que esté organizado en nuestro país, reclama y reclamará permanentemente que se anule esa causa que nos ha prostituido y se abra la puerta para que por el camino ancho de la liberación entre ese pueblo [...] y con el gobierno en sus manos plasme la legítima revolución que anhelamos todos los argentinos. Y en esta síntesis, ningún dirigente, ningún trabajador que realmente quiera a su patria podrá escapar a esa tremenda responsabilidad y esa responsabilidad será en primer término hacer de la unidad del movimiento obrero un símbolo y ofrecer esa unidad al país con un aporte de los trabajadores y entender definitivamente en función de lo que somos, en función de lo que hemos abrazado desde lo más profundo de nuestros corazones, que es el Movimiento Peronista, solamente existe en el ejercicio de la conducción de este grandioso

movimiento, que es del pueblo y para el pueblo, la figura del general Juan Domingo Perón.

El 17 de noviembre de 1972 y a 17 años de su derrocamiento, el expresidente Juan Domingo Perón finalmente retornaba a la Argentina dejando atrás casi dos décadas de proscripción y exilio. Con su vuelta, la fórmula integrada por Perón y su mujer, María Estela Martínez, se impuso de manera abrumadora en las elecciones presidenciales convocadas tras la renuncia de Héctor Cámpora el 23 de septiembre de 1973. Por tercera vez llegaba a la Presidencia argentina de la mano de 7.359.252 votos (62 %) y una ventaja de casi cuatro millones y medio de votos sobre su principal rival, el radical Ricardo Balbín.

Dos días después de la elección, en el marco de una primavera terriblemente convulsionada en la Argentina de aquella década salvaje, José Ignacio Rucci fue asesinado de manera brutal. Cerca del mediodía del martes 25 de septiembre de 1973, el secretario general de la CGT fue abordado cuando salía de su casa de la calle Avellaneda 2953, en el barrio de Flores, por un grupo comando de la organización guerrillera peronista Montoneros, y acribillado a balazos. El crimen fue cometido a plena luz del día y frente a una gran cantidad de testigos. Con armas largas, un grupo integrado por cerca de diez personas lo interceptó y lo baleó frente a la casa familiar. Rucci jamás llegó a subirse al Torino rojo que aguardaba para trasladarlo a los estudios de Canal 13.

Después de aquel día, Perón ya no sería el mismo. Pese al holgado triunfo electoral, el líder indiscutido del Partido Justicialista evidenciaría de manera elocuente la aceleración de su decadencia política. Y a las sombras de un poder resquebrajado, no tardaron en aparecer y expresarse inquietas las presiones de algunas células guerrilleras agrupadas

principalmente en dos bandos muy bien identificados: por un lado los enrolados en el grupo Montoneros, de origen peronista y comandados por Mario Firmenich, y del otro estaban los que pertenecían al Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), de orientación marxista y liderados por Mario Roberto Santucho.

Inmediatamente después del atentado, Perón decretó duelo nacional y Rucci fue velado en la sede de la CGT envuelto en una bandera argentina y con una enseña del gremio metalúrgico que le cubría los pies. En las primeras horas de la mañana del miércoles 26 de septiembre de 1973, el presidente electo llegó al velatorio acompañado de su esposa y compañera de fórmula. “Me mataron a un hijo”, dijo Perón, acongojado, junto al ataúd y a los parientes más cercanos del sindicalista. “Estos balazos fueron para mí; me cortaron las patas”, declaró ante un grupo de periodistas que aguardaba a la salida de la central obrera.

El atentado terrorista fue denominado por los medios como “Operación Traviata”, ya que el cadáver del dirigente obrero tenía 23 impactos de bala en su cuerpo en una clara e irónica alusión a una exitosa publicidad de galletitas Bagley cuyo eslogan de promoción era: “La de los veintitrés agujeritos”.

El asesinato de Rucci supuso para Perón una demostración de que ya no podía controlar aquellos años de violencia política: ya no podría convencer a los Montoneros de que dejaran las armas y se volcaran a la política. “El poder brota de la boca de un fusil. Si hemos llegado hasta aquí ha sido en gran medida porque tuvimos fusiles y los usamos; si abandonáramos las armas retrocederíamos en las posiciones políticas. En la guerra hay momentos de enfrentamientos, como los que hemos pasado y momentos de tregua en los que cada fuerza

se prepara para el próximo enfrentamiento”, había amenazado el jefe de Montoneros, Mario Firmenich, dos semanas antes, desde la revista *El descamisado*. Convencidos de que no podían dejar las armas si pretendían alcanzar el botín máspreciado, que era la revolución socialista, los montoneros continuaron en pie de guerra desde la clandestinidad, a pesar de que el peronismo estaba en el gobierno.

Ninguna organización se atribuyó el asesinato del líder sindical, a diferencia de lo que había sucedido con la muerte del teniente general Pedro Eugenio Aramburu. En este caso Montoneros no se hizo cargo de la operación y por un tiempo se mantuvo en silencio sobre el hecho, en tanto que el ERP se apresuraba en declarar expresamente que no lo habían llevado ellos adelante. A pesar del silencio inicial, Montoneros reconoció el crimen dos años más tarde a través de su órgano oficial de prensa, la revista *Evita Montonera*. En el número 5, en un artículo ubicado en su página 18, referido a la Masacre de Ezeiza y titulado “Justicia popular”, incluía una lista de personas “ajusticiadas”. La primera que aparecía:

JOSÉ RUCCI, ajusticiado por Montoneros el 23-09-73.

Juan Domingo Perón murió el 1° de julio de 1974 y con su desaparición la Argentina se precipitó hacia un nuevo período de inestabilidad política, económica y social. El gobierno quedó en manos de María Estela Martínez y el vacío de poder en poco tiempo se hizo elocuente. En el marco de disputas ideológicas en las que uniformados y terroristas se peleaban por tener la razón, la presidencia de la viuda de Perón quedó en una posición de extrema debilidad. Vertiginosamente, la extrema violencia de unos y otros se apoderó de manera despreciable del devenir de los argentinos.

Mientras tanto, y en virtud de esa decadente realidad, aumentó la influencia de José López Rega, el ministro de Bienestar Social, viejo hombre de confianza de la presidenta y miembro de la logia anticomunista internacional Propaganda Due. Entre bambalinas, “El Brujo”, como apodaban a López Rega por su interés en temas espirituales y religiosos, lideraría una organización terrorista parapolicial que se autodenominó Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) que, tras la muerte de Perón, se lanzaría a la caza de todo dirigente de izquierda.

El 17 de octubre de 1975, en el marco del Día de la Lealtad justicialista y tras un período de descanso en el pueblo de Ascochinga, Córdoba, por presuntos problemas de salud, Isabel Perón retornó a la presidencia. En el acto principal realizado en la Plaza de Mayo los rumores de destitución ya se ventilaban en los cánticos de los manifestantes: “Si la tocan a Isabel, habrá guerra sin cuartel”.

Estados Unidos se informa acerca del gobierno y su debilidad a través de su embajador en la Argentina, Robert Hill, quien no se privaba de anticipar la inminencia de un golpe de Estado. Sin rumbo ni destino, el futuro de la viuda de Perón parecía sellado. El poder de su gobierno se licuó con la aceleración del clima de violencia en todo el país, que además era fomentado desde el seno de su gabinete por el propio López Rega.

El 18 de diciembre de 1975 varios aviones despegaron de la base aérea de Morón y en vuelo rasante ametrallaron la Casa Rosada. La debilitada estabilidad democrática argentina tambaleó de la mano de un sector ultranacionalista de la Fuerza Aérea que se sublevó y llevó a cabo un fallido intento de golpe. La rebelión fue repelida cuatro días después.

El 23 de diciembre de 1975 cerca de 70 integrantes del Ejército Revolucionario del Pueblo intentaron copar el

Batallón de Arsenales 601 Domingo Viejobueno de Monte Chingolo con el objetivo de apropiarse de armamento. Fue la última gran operación militar del ERP, y contó con la colaboración de un joven que realizaba su servicio militar obligatorio en esa dependencia y actuó como informante y entregador. Se considera al combate de Monte Chingolo como el más importante de los ataques a unidades militares durante los setenta.

Mientras aún había cuerpos tirados en el Batallón 601 y en calles adyacentes, el comandante en jefe del Ejército, general Jorge Rafael Videla, voló hacia la provincia de Tucumán para celebrar la Nochebuena de 1975 junto a los soldados del Operativo Independencia, con el que el Ejército procuraba “neutralizar y/o aniquilar” a la guerrilla. Desde allí, e intempestivamente, el propio Videla impuso un ultimátum de 90 días al gobierno de Isabel Perón con el fin de que “ordenara” cuanto antes el país.

El clima de tensión había escalado a su punto más alto. Militares y grupos armados combatían cuerpo a cuerpo y el odio y la sangre corrían sin detenerse. En ese contexto fue el vicario castrense, monseñor Adolfo Tortolo, el emisario responsable de reunirse en privado con Isabel Perón el 29 de diciembre de 1975 y transmitirle, en nombre de los tres comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas, el mensaje para que presentara la renuncia.

A comienzos de 1976, la licuación del poder era cada vez más evidente. En lo político, el Congreso no respondía a los pedidos para tratar proyectos de ley enviados desde el Ejecutivo, mientras que en lo económico la situación solo empeoraba. La inflación en los dos primeros meses de 1976 alcanzó el 18 y 20 por ciento y el precio del dólar casi se triplicó.

El 10 de marzo, en un acto en la sede de la CGT, Isabelita realizó una de sus últimas apariciones públicas. A esa altura, la cúpula sindical ya había decidido soltarle la mano: “Veo demasiadas caras tristes. Yo sé que cuando hay que ajustarse el cinturón las caras se ponen tristes. Pero también les digo que no hay que perder el optimismo, porque si no estuviera segura de que vamos a salir adelante no estaría sentada aquí delante de ustedes”, dijo bajo la mirada de una cúpula gremial que ya aventuraba otro futuro inmediato.

Desde la oposición, fue Ricardo Balbín, líder de la Unión Cívica Radical (UCR), el que intentó sosegar el mal clima: “Desde aquí invoco al conjunto nacional, para que en horas exhibamos a la República un programa, una decisión, para que se deponga la soberbia cuando se trata de estas cosas. Lo digo desde arriba para abajo. No hay que andar con látigos, hay que andar con sentidos morales de la vida”, dijo el 16 de marzo.

Por su parte, el empresario Jorge Antonio, un viejo amigo de Juan Domingo Perón que había regresado al país después de 18 años de exilio, sumó unas polémicas declaraciones: “Si las Fuerzas Armadas vienen a poner orden, respeto y estabilidad, bienvenidas sean”. Eso fue el 22 de marzo de 1976. Al día siguiente, el martes 23, el ministro de Defensa, José Alberto Deheza, que había llegado al cargo 12 días antes, se reunió con los jefes militares que le exigieron la renuncia de la presidenta.

María Estela Martínez de Perón fue derrocada durante los primeros minutos del miércoles 24 de marzo. A la 1.50 de la madrugada la ya expresidenta fue detenida y enviada a la provincia de Neuquén en un avión de la Fuerza Aérea. A las 10.40 de la mañana se dio inicio a una etapa de 7 años, 6 meses y 13 días de una dictadura sangrienta: los miembros

de la Junta Militar que asumió el control del gobierno, tanto como aquellos que los sucedieron y los que participaron de las acciones operativas bajo sus órdenes, jamás quisieron hacerse cargo de las consecuencias de sus actos.

La legitimidad de la autoridad se vio violada por el uso de la fuerza. El teniente general Videla, el almirante Emilio Massera y el brigadier Orlando Ramón Agosti iniciaron lo que (perversamente) se denominó Proceso de Reorganización Nacional.

Muchos celebraron. Políticos, jueces, empresarios, sindicalistas, sectores de la Iglesia, hombres y mujeres de la cultura y hasta la prensa misma aprobaron sin cuestionar los primeros tiempos de la incursión militar. La muerte se olía en todos los rincones. De día, las acciones armadas se disimulaban mientras los objetivos enemigos se estudiaban. De noche, se operaba y ejecutaba: la represión y el crimen marchaban de la mano. El caos institucional convocó a la anarquía. El desorden y el miedo postergaron por años el anhelo ciudadano del resurgimiento de una nueva era democrática. Los militares habían llegado para quedarse. Torturas, crímenes, secuestros, personas desaparecidas, saqueos de la propiedad privada y hasta un plan sistemático de robos de bebés caracterizaron el accionar de este grupo militar instalado en el poder. Un horror jamás imaginado hizo estragos en cada ser humano que sufrió el momento. La Argentina se deshilachaba lenta y progresivamente. La ayuda externa jamás funcionó. Las grandes naciones se convirtieron en espectadores de lujo.

La caída del régimen llegaría recién de la mano de la derrota bélica sufrida en la guerra de Malvinas. Corría el año 1982 y los militares continuaban actuando como dueños del país, aunque la crisis y el descontento popular los arrinconaban cada vez más. Ya casi no había enfrentamientos

armados, la deuda externa continuaba subiendo y los civiles comenzaban a envalentonarse en busca de justicia y libertad. Los tiempos de miedo y represión parecían ir agotándose. Fue entonces cuando un militar, con fama de borracho y a cargo de la presidencia de la Nación, inició una guerra con el fin de perpetuarse en el poder. El intento resultó fallido y el teniente general Leopoldo Fortunato Galtieri no pudo detener la caída de su gobierno. El fracaso de la ingenua y precaria acción bélica no hizo más que acelerar los tiempos de la retirada represora.

En el marco del denominado Proceso de Reorganización Nacional, durante el período 1976-1983, hubo cuatro jefes de Estado: Videla (1976-1981), Roberto Eduardo Viola (1981-1982), Galtieri (1982) y Reynaldo Antonio Benito Bignone (1982-1983). Desde aquel 24 de marzo de 1976 tuvieron que pasar 2756 días para que la democracia retornara en diciembre de 1983. Fue el sexto golpe de Estado que sufrió la Argentina en un período de alternancia entre gobiernos democráticos y militares que comenzó en 1930, con el derrocamiento de Hipólito Yrigoyen, y que finalizó con la asunción de Raúl Alfonsín en 1983.

Con el retorno de la democracia, la sociedad argentina asistió al Juicio a las Juntas, que abriría un nuevo período de investigaciones, esclarecimiento y búsqueda de la verdad. Pero hay abundantes hechos que todavía se esconden sobre esos tiempos de muerte y de terror. La verdad no se ha develado en su exacta magnitud y los fantasmas del miedo aún perduran. Las confesiones se demoran y los arrepentidos siguen sin aparecer.

Pero hay historias que se resisten a seguir en las sombras.